

perseguido por la proscripción inmediata que, el año siguiente, desde el principio del Terror, me encerró en las prisiones de Robespierre de donde sólo salí después del 9 de Termidor.

En cuanto al relato de Lamartine, es un tejido de errores.

La *Marsellesa* apareció con el título de *Canto guerra del ejército del Rin*, en casa del editor Dannebach de Estraburgo y fué tocada por primera vez el 29 de abril de 1792 en la plaza de armas de dicha ciudad. Se convirtió sucesivamente en el *Canto de guerra de los ejércitos de la frontera* y en el *Canto de los Marsellese*, que la cantaban al entrar en París, el 30 de julio y en la toma de las Tullerías.

Refiere el Sr. Tiersot que, hallándose proscrito Rouget de l'Isle en los Vosgos, tomó un día por guía á un muchacho del país. Ahora bien, al pasar una estrecha garganta muy áspera y pendiente en los alrededores de Ribeauville, el montañés, para animarse, empezó á cantar :

Allons, enfants de la Patrie !

Rouget de l'Isle admirado le dijo :

— ¿Qué cantas, muchacho ?

— ¿Cómo que qué canto ? Señor : ¡ Es la *Canción de los Marsellese* ! ¿ Acaso no la conocéis ? Todo el mundo la sabe de memoria.

— ¡ Oh ! ya lo creo que la conozco, y la sé como tú. Pero ¿ por qué llamas *Marsellesa* á esa canción hecha en Estrasburgo ?

— No es de Estrasburgo, Señor ; son los marsellese los que la han compuesto y los que la han llevado á París donde se canta todas las noches en los teatros. He visto á las marsellese con sus gorros frigos y les he oído de sobra cantar su himno.

Así fué como Rouget de l'Isle conoció el nombre popular de su obra y su popularidad misma que nunca pudo sospechar llegase á ser tan universal ni tan rápida.

La séptima estrofa, ó sea la de los hijos, fué agregada por Luis Dubois. En cuanto á la música se ha puesto en duda la paternidad de Rouget y se han reconocido en ella sucesivamente un antiguo oratorio, un *Credo* de Missa Solemnis, y un cántico alemán. La cuestión carece de interés. Aun cuando existiera esa música, no tuvo verdadero ser sino el día en que Rouget de l'Isle la animó con el fuego del patriotismo y de la gloria.

La velada de la *Marsellesa* fué un fulgor intenso en medio de una existencia gris. El autor no fué condecorado y pensionado hasta 1830, gracias á Beranger. Envejeció en casa de su amigo el general Blin, en dos modestas piezas abuhardilladas en el segundo piso del número 8 de la calle de las Virtudes en Choisy-le-Roi, donde tiene una estatua y dos cenotafios.

Aquella generación fué fecunda, pues al mismo tiempo produjo otro poeta más grande aún, Andrés Chénier (1762-1794).

Los viajeros que visitan hoy á Constantinopla, pueden observar en el barrio de Gálata una casita blanca de dos pisos en la que se ha colocado recientemente una lápida conmemorativa que recuerda á los transeúntes que en ella nació, el 20 de octubre de 1762, Andrés Chénier, uno de nuestros tres ó cuatro grandes poetas, el más grande seguramente y hasta el único de aquel siglo prosaico y razonador.

Su padre, Luis de Chénier, oriundo del Langüedoc había abandonado su patria desde hacía 20 años. Se empleaba en el comercio de paños en Levante y desempeñaba en Constantinopla funciones análogas á las de nuestros cónsules. Se había casado con una joven griega de Chipre, Isabel Santi-Lonaca. Cuando la familia Chénier volvió á Francia, Andrés tenía apenas dos años. Por lo tanto había visto muy poco del Oriente y nunca había ido á Grecia. Mientras su padre, nombrado cónsul en Marruecos, se embarcaba de nuevo, su madre se estableció en París y él entró, con su hermano María José, en el colegio de Navarra. Á los trece años era ya poeta y traducía la *Iliada* en versos franceses ¿ De dónde nació en él la predilección que siempre conservó por las obras y los recuerdos de la Grecia antigua ? ¿ Soñaba aún con aquel cielo de Oriente, que entrevió en su primera infancia ? ¿ La había visto tan poco ! ¿ Había heredado acaso de su madre, chipriota, el amor á aquel país que desconocía y el sentimiento de su belleza y de su arte ? Al salir del colegio, se alistó, como su hermano, en un regimiento de cadetes, y fué enviado á Estraburgo. Lebrun, que había leído sus primeros versos, decía al verle partir : « ¡ Me gusta ver una lira en manos del joven Aquiles ! » Andrés no era del mismo parecer, desagradóle el oficio de las armas y renunció á él al cabo de seis meses, pero había conocido en Estraburgo al helenista Brunk y había leído con él, en sus ediciones, á los poetas de Grecia. Este fué el mayor provecho que sacó de su paso por el ejército. Sus antiguos condiscípulos, los hermanos Trudaine, le ofrecieron entonces que los acompañase en una gran viaje á Oriente, y él aceptó con entusiasmo. No pasó de Nápoles, ni llegó á ver la Grecia ; pero le encantó esta primera visión de las tierras antiguas.

Cuando, algo más tarde, fué enviado como secretario á la embajada de Londres, aquella isla « fría y nebulosa », cuyo cielo « está siempre cubierto de nubes », fué para él como un destierro insoportable. Aquel griego se desconsolaba entre las sombras del Océano Cimerio.

La Revolución le hizo volver á Francia en 1790, lanzóse á ella como su hermano José: pero no defendió las mismas ideas. Monárquico constitucional había reclamado la libertad en 1789. En 1791 la juzgó conquistada y proclamó, como Mirabeau, que había terminado la Revolución. Duraba ésta todavía y hacía irresistibles progresos; él quiso oponerle resistencia y fué arrollado. María José, convertido en partidario de la Montaña, se separó de él. Y un acontecimiento famoso, la amnistía concedida á los suizos del regimiento de Château-Vieux, hizo estallar la disensión entre ambos hermanos. María José celebró en verso la inocencia de los amnistiados, y Andrés les dirigió sus primeros yambos, que forman una áspera y hermosa sátira, cuya ironía y amargura hacen presentir los que más tarde había de lanzar á sus jueces:

Salut! divin triomphe, entre dans nos murailles,
Rends-nous ces guerriers illustrés
Par le sang de Belisle et par les funérailles
De tant de Français massacrés¹.

Desalentado, y convencido de su impotencia, se retiró algunos meses á Versalles y volvió á la poesía que había abandonado algo por la polémica. En un libro de su biblioteca, se encontró esta firma de 1792: « Escrito en Versalles, enfermo de cuerpo y de espíritu, sombrío y afligido. Andrés Chénier de Bizancio ».

Una imprudencia llamó sobre él la atención del tribunal revolucionario; fué detenido como sospechoso, condenado á muerte y ejecutado el 7 de Termidor de 1794. La Revolución hizo caer « en un vil cesto aquella cabeza llena aún de obras maestras », según la expresión de José de Heredia². Dos días más tarde caía Robespierre y se abrían las prisiones. María José sospechoso á su vez, amenazado por el dictador, y no atreviéndose á mostrarse en la Asamblea, no podía hacer nada por salvar á su hermano. En su prisión había conocido Andrés á Roucher, el dulce poeta de los *Meses*, que le siguió al cadalso, y también á una joven aventurera, la Señorita de Coigny, á quien idealizó en sus últimos versos y que le inspiró la *Joven Cautiva*.

En vida de Chénier, sólo se conocieron de él su oda pindárica sobre el Juramento del juego de Pelota, con arreglo al gusto de Lebrun, y sus versos á los suizos de Château Vieux. La *Joven Cautiva*, y después la

1. ¡ Salud! divino triunfo, penetra en nuestros muros,
Devuélvenos los héroes á quienes dió esplendor,
La sangre de Belisle y de tantos franceses
Que víctimas cayeron de su saña y furor.

2. En el tomo V de su *Historia de las ideas est.* hace Menéndez Pelayo el más brillante elogio de Chénier, y hablando de la escasa influencia de la Revolución en la literatura, dice: « La Revolución poco influyó en las letras, salvo por el irreparable crimen de haber cortado la vida á Chénier. » (N. del T.)

Joven Tarentina, delicada elegía antigua, á la manera de los alejandrinos, aparecieron en 1795 en la *Década* y el *Mercurio*.

Las obras completas no se publicaron hasta 1819 y fueron una revolución. Francia no sabía cuán grande era el poeta que había perdido.

Los románticos, por sus innovaciones rítmicas, por la libertad de su verso, y el brillo de su imaginación, le adoptaron como su primer maestro; los últimos clásicos le han reclamado por suyo á causa de la pureza de su estilo y de su culto á la antigüedad.

El Sr. Legouvé señaló con rasgos muy exactos el carácter muy complejo de la poesía y de la prosodia de Andrés Chénier:

Hay en *Las dos Palomas* un pasaje que me ha llamado profundamente la atención:

Un vautour à la serre cruelle
Vit notre malheureux qui, traînant la ficelle
Et les morceaux du lac qui l'avait attrapé,
Semblait un forçat échappé¹.

Pues bien, todo innovador es un forzado que ha logrado escaparse con más ó menos felicidad. Pero arrastra siempre tras sí un extremo de la cuerda, un trozo del lazo con que lo habían cogido; eso representa el gusto de su época. Su obra aparece siempre algo embarazada. ¿ Qué debemos pues hacer al leerla? ¿ Fijarnos en el cabo de cuerda? No. Pensar en el aletazo que la ha roto á medias. Jamás realizamos el progreso sino á medias. El progreso es una palabra que se deletrea letra por letra; uno dice A, el otro B; pero ninguno pronuncia la palabra entera; ¿ Se quiere una prueba palpable? Tomemos á Andrés Chénier. Seguramente si hay un nombre sinónimo de innovación y de revolución, lo es el suyo. La escuela nueva ha saludado en él á uno de sus precursores. Pues bien, *este primer poeta del siglo XIX*, no deja de ser, en muchos casos, un *versificador del siglo XVIII*. Una de sus obras maestras, la *Joven Cautiva* nos presenta la prueba más evidente. La idea es nueva, pero la ejecución es vieja. El asunto es encantador y abundan los rasgos de verdad y de sentimiento exquisito como:

Je ne veux pas mourir encore!

Mon beau voyage encore est si loin de sa fin²!

1. Un buitre carnícero
Vió al triste que arrastrando aún el pedazo
Del malhadado lazo
Parecía escapado prisionero.
2. ¡ Quiero aun gozar de la vida!
¡ Cuán lejos del fin se halla
Mi delicioso viaje!

Son otros tantos gritos de la naturaleza que exceden en mucho á la poética de su época. Pero al mismo tiempo ¡ qué abuso de perífrasis ! ¡ Qué conjunto de elegancias metafóricas y mitológicas que parecen el sello del estilo del imperio !

L'épi naissant mûrit, de la faux respecté,
Sans crainte du pressoir le pampre, tout l'été
Boit les doux présents de l'aurore ;
Et moi comme lui jeune, et belle comme lui...

¿ Qué diremos de esa joven que se compara con un pámpano, una espiga, y que compara el cadalso con un lagar ? ¿ Dónde podrá encontrarse mayor horror á la palabra exacta que en estos tres versos :

Echappée au réseau de l'oiseleur cruel,
Plus vive, plus heureuse, aux campagnes du ciel,
Philomèle chante et s'élançait !

Filomela no se lanza nunca á los campos etéreos. Quien se lanza es la alondra. Pero esta palabra no le pareció á Andrés Chénier bastante noble y no se atrevió á emplearla, ni aun se atrevió á decir ruiñeñor. La disfrazó mitológicamente con el nombre de Filomela.

La última estrofa lleva el sello viviente de su época.

La grâce décorait son front et ses discours,
Et comme elles craindront de voir finir leurs jours
Ceux qui les passeront près d'elle³.

¿ No se diría que son versos de Dorat ? ¿ Qué deducir de aquí ? ¿ Que la *Joven Cautiva* no es una obra deliciosa ? ¡ No ! ¿ Qué Andrés Chénier no es un innovador ? ¡ De ninguna manera ! Lo único que se deduce es que en todo innovador hay el hombre del presente y el hombre del porvenir ; que para ser justo, hay que leer las obras del pasado, sin separar el espíritu de hoy del espíritu de otro tiempo, y que hay que volver á

1. Madura la tierna espiga
Del segador respetada ;
Y sin temor al lagar
El pámpano se regala
Con los dones de la Aurora
Del estío en las mañana ;
Yo, cual ellos, bella y joven...

2. Libre ya de las redes
Del cruel pajarero
Más feliz y más viva
Remóntase á los cielos,
Cantando Filomela...

3. Adornaba la gracia su frente y sus discursos
Y como ellas, su vida que acabe temerán
Los que á su lado vivan...

colocar la obra de un autor en su marco propio y distinguir, en lo que de ella queda, lo que corresponde á la muerte y lo que corresponde á la vida.

En una gran parte de su obra, Chénier es continuador del siglo XVIII. Su oda *al Juramento del Juego de Pelota* podría haberla firmado Lebrun. Al morir dejó sin acabar un poema enciclopédico, el *Hermes*, inspirado en las teorías científicas de Buffon y en las ideas de Condorcet. En otros poemas didácticos del mismo género : *La América, la Astronomía, y la Superstición*, quería exponer en verso un sistema de la tierra y hacer el elogio de la civilización. Por esta parte Chénier se enlaza filosóficamente con la filosofía de su época ; es el poeta de la *Enciclopedia*.

Las *Elegías* pertenecen también al más puro gusto del siglo XVIII, y esto no constituye una crítica. En ellas sigue la manera de Bertin y de Parny con más sensualidad que verdadera pasión ; le faltan también esa sinceridad de emoción y esa pureza de sentimiento que constituyen la poesía conmovedora. Pero comprende mejor á los elegíacos antiguos á quienes imita. Sabe, al traducirlos, mantenerse original, y halla á veces acentos de melancolía más profunda que anuncian un lirismo nuevo :

Je meurs : avant le soir j'ai fini ma journée ;
A peine ouverte un jour, ma rose s'est fanée.
La vie eut bien pour moi de volages douceurs,
Je le goûtais à peine et voilà que je meurs !

Las églogas y los idilios (*El Ciego, el Mendigo*) pertenecen á un género muy distinto y contienen algunas verdaderas obras maestras en que Chénier se muestra puramente antiguo. Sé muy bien que la imitación de la antigüedad estuvo de moda en aquella época. David fundó en pintura la escuela antigua ; el estilo decorativo, llamado Luis XVI toma sus motivos del arte antiguo. Caylus y Barthélemy inspiran á la gente de la buena sociedad la afición á la arqueología ; Pompeya acaba de salir de la tierra y se venden en los bulevares abanicos á la pompeyana. No es, sin embargo, menos cierto que Chénier poseyó una visión de la antigüedad más exacta, más luminosa y más concreta que todos los poetas sabios y artistas de su época, y que sus imitaciones no huelen á postizo. Que su idilio del ciego, por ejemplo, sin dejar de ser un continuo « mosaico » es algo exquisito, y que aunque textualmente traducidos, los siguientes versos no dejan de ser admirables.

1. Muero, antes de la tarde llega el fin de mi día
Recién abierta apenas se marchita mi rosa ;
Dióme a libar la vida pasajera alegría
Y apenas la gustaba, caigo en la negra fosa.

Dieu dont l'arc est d'argent, Dieu de Claros, écoute
O Sminthée Apollon, je périrai sans doute,
Si tu ne sers de guide à cet aveugle errant

Oh ! Portez, portez-moi sur les bords d'Erymanthe.
Que je la voie encor cette nymphe dansante !
Oh ! que je voie au loin la fumée à longs flots
S'élever de ce toit au bord de cet enclos !

Esta superioridad de Andrés Chénier sobre los poetas de su época, sólo es explicable por su nacimiento, por el sentimiento innato y excepcional que tenía de la belleza griega. En tanto que los demás traducen con trabajo y comentan á los antiguos, Chénier los lee, los interpreta con pasión y se siente revivir en ellos. De aquí procede que, hasta en sus últimos poemas y cuando menos pensó en imitarlos, como en las célebres estrofas de la *Joven Cautiva*, escritas en la prisión pocos días antes de su muerte, se conserva y se muestra antiguo con tanta pureza y naturalidad y conserva todavía la inimitable gracia de los poetas griegos, que fueron sus padres y sus modelos.

Pero hay en la obra de Chénier un momento muy breve, en que, libre de toda influencia, se muestra exclusivamente personal, sin atender á otra cosa que á su odio, á su tristeza y á su desesperación. Me refiero á los pocos días pasados en San Lázaro, en espera de la sentencia, demasiado fácil de prever, tratándose del tribunal revolucionario. Entonces escribió en algunas hojas recogidas por un carcelero, los *Ultimos Yambos*, su obra maestra y la de nuestra literatura satírica.

Comme un dernier rayon, comme un dernier soupir

Anime la fin d'un beau jour,

Au pied de l'échafaud, j'essaye encore ma lyre.

Peut-être est-ce bientôt mon tour !²¹

La pieza entera no es más que un prolongado grito de desesperada cólera y acaba con esta hermosa imprecación.

Nul ne resterait donc pour attendre l'histoire

Sur tant de justes massacrés,

- | | | |
|----|--|--|
| 1. | Dios del arco argentado,
Dios de Claros, escucha.
Sabe, Apolo esmínteo,
Que moriré sin duda,
Si á este ciego errabundo
No le prestas tu ayuda.
..... | Oh llevadme, llevadme,
De Erimanto á la orilla;
Una vez más contemple
A la danzante ninfa
Y vea allá á lo lejos
Del humo las espiras
Alzarse lentamente
De esta choza pajiza. |
| 2. | Qual un último rayo y un suspiro postrero
El fin de hermoso día vienen á reanimar,
Casi al pie del cadalso pulsar mi lira quiero.
; Tal vez mi última hora está pronta á Hegar. | |

Pour consoler leurs fils, leurs veuves, leur mémoire,
Pour que ces brigands abhorrés
Frémissent aux portraits noirs de leur ressemblance,
Pour descendre jusqu'aux Enfers,
Nouer le triple fouet, le fouet de la vengeance
Déjà levé sur les pervers,
Pour cracher sur leurs noms, pour chanter leur supplice :
... Allons, étouffe les clameurs !
Souffre, ô cœur gros de haine, affamé de justice,
Toi, Vertu, pleure, si je meurs !¹

En toda la poesía del siglo XVIII no hay nada que recuerde, ni aún remotamente, estos versos de los últimos yambos de belleza tan humana y tan sencilla. Con ellos rompe Chénier la tradición que le ligaba á sus predecesores y anuncia el verdadero y ardiente lirismo de los románticos. Y esto es lo que constituye su principal grandeza.

La publicación de las obras de Chénier no fué una de las causas determinantes del Renacimiento romántico; sin embargo, su influencia se ejerció de una manera profunda y se extiende aún á nuestra poesía. En primer lugar, gracias á él se ha hecho el verso más flexible, el ritmo más variado, la palabra más exacta y la imagen más vigorosa. Víctor Hugo en sus *Castigos*, se acordó tal vez de los últimos yambos, á los que pudo igualar tal vez, pero jamás sobrepajar. Sobre todo proceden de Chénier el Vigny del *Libro antiguo*, Leconte de l'Isle, Luis Menard y Heredia, todos esos poetas imitadores de los antiguos, más ilustrados y más originales que los seudoclásicos, que se han esforzado en hallar más allá de la antigüedad convencional, la visión exacta, animada y llena de color de la antigüedad viviente.

Á propósito de la *Joven Cautiva*, he citado á Legouvé, nuestro contemporáneo. Hay que distinguirlo de los antiguos, especialmente de Gabriel Legouvé, contemporáneo de Chénier. Legouvé, el autor del

- | | |
|----|--|
| 1. | No habrá una voz que con ternura cante
Á tanto y tanto justo asesinado,
Que venga su memoria y á sus hijos
Y á sus tristes viudas seque el llanto;
Para que esos bandidos detestables
Se estremezcan al verse retratados
Que baje del Infierno á lo profundo
Del triple azote en busca, amenazando
Hacerlo restallar sobre el perverso,
Y cantar su suplicio y su nefando
Nombre escupir... Mas; cesa en tus clamores !
Y sufre ; oh corazón ! de odio abrevado. —
; Tú, Virtud, si yo muero, el llanto snelta ! |
|----|--|

poema el *Mérito de las Mujeres*, es el padre de nuestro Legouvé autor del *Arte de la lectura* y de la *Historia Moral de las Mujeres*, é hijo de otro Legouvé que fué abogado distinguido en tiempo de Luis XV¹. Los tres forman una dinastía.

El primero, el más antiguo, tuvo gran éxito como orador. Se habla de él en el *Diario de Barbier*, el 12 de febrero de 1757, con motivo del atentado de Damiens contra el rey :

Día 12. Se dice que un joven abogado, mozo de ingenio, que no se preocupa por los sucesos de la época (se llama Legouvé), recibido en 1750, tuvo la imprudencia, hace algún tiempo (asistiendo á una tertulia, en casa del señor Lenoir, notario de la calle Saint-Honoré, en que se hablaba del asesinato del rey) de decir poco decentemente que sólo había sido una ligera sangría. Dicen otros que las palabras del joven abogado fueron menos inocentes aún; sin duda se exageraron al repetir las. Dicese además que dichas palabras han sido denunciadas al parlamento en la asamblea de los príncipes y pares; que ha habido 24 votos en favor de la orden de prisión; que el Sr. príncipe de Conti ha dicho que, según el uso ordinario, no debía dictarse la orden de prisión sino en el caso en que pudiese imponerse una pena aflictiva y tratándose de una persona que no tiene domicilio; que no creía que semejante imprudencia diese lugar á una pena aflictiva; que había hecho cambiar de parecer á algunos pares y que hubo 32 votos en contra de la prisión. Se dice que los Sres. Pasquier y Titon, consejeros de la gran cámara, habían insistido mucho en favor de la orden. Este asunto es desagradable para el cuerpo de abogados.

El canciller Maupeou rindió homenaje al brillante talento de nuestro abogado, el cual mostraba ya la pasión hacia el teatro que debía mantenerse en la familia durante tres generaciones. Ocurrióle una aventura que refirió su nieto en estos términos :

Poseía cerca de París una linda casa de campo en Brévannes. Cierta día ocurriósele hacer representar en ella ante numerosa y elegante concurrencia, una *Atilia* compuesta por él, en cinco actos y en verso.

Colocado en medio de los espectadores, saboreaba con gran satisfacción la armonía de sus hemistiquios, cuando una persona que estaba á su lado y que no le conocía, pues había sido llevada por un tercero, se inclinó hacia él y le dijo confidencialmente.

— ¿Podéis comprender, caballero, que un hombre de mérito reúna á tantas personas honradas para hacerles oír semejante simpleza?

— Dispensad, caballero, respondió mi abuelo, soy el autor.

El otro avergonzado y balbuciente le dijo :

— Caballero me he explicado mal..., no hablaba de la pieza... está llena de talento... pero ¿qué suerte puede esperar á una obra maestra con tales intérpretes? ¿Conoce Ud. nada más cómico que ese hermoso papel de *Atilia*, desempeñado por esa linda muñequita?

1. J.-B. Legouvé, 1730-1782; Gabriel Legouvé, 1764-1811; Ernesto Legouvé, 1807-1903.

— Es mi esposa, caballero.

— ¡Ah! repuso el huésped, veo que es la cosa demasiado difícil de arreglar y renunció á ello.

Entonces mi abuelo, prorrumpiendo en una sonora carcajada, le alargó la mano diciéndole :

Caballero, veo que es Ud. hombre de ingenio.

Á partir de aquel día fueron los mejores amigos del mundo.

El segundo Legouvé que, como vemos, tenía á quien parecerse, trabajó para el teatro. Su tragedia, la *Muerte de Abel*, fué representada en marzo de 1792. Pintaba el primer asesinato en vísperas del Terror y hacía verter ante los ojos de la multitud, que sentía como el estremecimiento precursor de las próximas matanzas, la primera gota de sangre que regó la tierra. Su hijo ha hecho notar esta coincidencia á propósito de Caín que entraba en la escena con una azada en la mano :

Caín llegaba solo, al principio del segundo acto, con una azada en la mano. Esta azada dió lugar, cincuenta y tres años más tarde, á un hecho bastante curioso. En 1845, hice representar en el Teatro Francés un drama en cinco actos y en verso, titulado *Guerrero*. Ahora bien, mi héroe llegaba también solo á la escena con una azada en la mano, al principio del tercer acto. En un ensayo el Sr. Beauvallet, encargado del papel de *Guerrero*, pidió una azada el encargado de la guardarropía. « No tenemos ninguna en el teatro », respondió éste. Pero recapacitando, añadió. « Me parece que hay una »; subió al almacén y volvió á bajar con una herramienta tan pesada, tan maciza y tan grosera que Beauvallet dijo con su voz de trueno : « ¡Qué demonios de instrumento es éste? — ¡Es la azada de *La muerte de Abel!* ». — ¡Oh! dijo Beauvallet riendo; ¡cuánto hemos degenerado! No soy capaz de manejar este mango. Nuestros predecesores quisieron dar á la escena color local. Esta es una azada de la época de Caín; haced que me fabriquen una más moderna. « Á esto se debe que la guardarropía del Teatro Francés contenga en todo y por todo dos azadas y que una haya servido para mi padre, y otra para mí. »

El éxito de la tragedia *Epícaris y Nerón* fué « inmenso » y estuvo á punto de costar la vida al poeta.

Quando se representó estaba en su período más efervescente la lucha entre Robespierre y Danton. Los dos jefes de la montaña asistían á la representación; Robespierre ocupaba un palco de proscenio; Danton estaba en la orquesta y detrás de él se hallaban escalonados sus amigos. Apenas sonó el grito de ¡Muera el tirano! cuando, á una señal de Danton, sus amigos, prorrumpiendo en frenéticos bravos, se volvieron hacia Robespierre y de pie, alargando el puño, le dirigieron este terrible grito de venganza. Robespierre, pálido y agitado, adelantaba y echaba hacia atrás su *carita de hombre de negocios* (cito las palabras del Sr. Lemercier, testigo de la escena) á la manera que una serpiente alarga y retira su cabeza chata é irritada. Acabada la pieza, todos los amigos de mi padre corrieron á él diciéndole : ¡Poneos en salvo! ¡Ocultaos! ¡Estáis perdido! Robespierre no os perdonará nunca ese espantoso

anatema. — Pero no se vuelve de buen grado la espalda á un éxito semejante, ni se huye en presencia del triunfo. Mi padre se quedó y su acto de valor tuvo el mismo éxito que su quinto acto. Robespierre pensaba demasiado en Danton para ocuparse en el poeta. Éste no fué molestado.

En cuanto á la *Muerte de Enrique IV*, otra tragedia, fué un acontecimiento literario y político. En aquella glorificación de un Borbón se quiso ver un insulto al emperador. Napoleón tuvo noticia del caso y llamó al autor á Saint-Cloud para oír la lectura de la obra.

Mientras duró la lectura, Napoleón se levantaba á cada momento, andaba por la habitación, daba muestras de contento y no ocultaba algunas señales de simpatía, repitiendo con frecuencia: ¡Pobre hombre! ¡Pobre hombre! Sólo un verso produjo una objeción de su parte. Enrique IV, en una escena con Sully, decía: « ¡Tiemblo! ».

« Esa palabra es imposible, Sr. Legouvé, dijo vivamente el emperador ». Hay que quitarla.

— Señor, respondió el poeta, los temores de Enrique IV son históricos. — ¡Poco importa! Hay que suprimir esa palabra. *Un soberano puede tener miedo, pero no debe decirlo nunca.*

Este fué el único cambio que exigió el emperador. La censura quedó desautorizada y la pieza fué devuelta á los cómicos.

El éxito fué debido en parte á la Sta. Duchesnois, intérprete del papel de María de Médicis, cuyo triunfo igualó al de la Sta. Georges que fué, en cuanto á la dición, discípula de Legouvé (así constaba en el anuncio de su estreno) y que ha dejado en los anales dramáticos recuerdos de su candidez.

Cuéntase de ella el siguiente rasgo relativo á la tragedia que nos ocupa:

— ¡Pobre Enrique IV! Sr. Legouvé; Cuando pienso que si Ravailiac no lo hubiera asesinado, viviría tal vez aún!

Pero la fama del segundo Legouvé se debe sobre todo á su poema el *Mérito de las Mujeres*. Todo el mundo conoce por lo menos el título y los dos últimos versos.

Et si la voix du sang n'est pas une chimère,

Tombe aux pieds de ce sexe à qui tu dois ta mère!

Su hijo ha hecho notar con noble piedad y justicia el mérito y el interés de esta obra poética, que tuvo la gran ventaja y la gran novedad de romper á la vez con los antiguos epigramas y los viejos madrigales, de renegar igualmente de Boileau y de Dorat, de substituir á los favo-

1. Si la voz de la sangre no es ficción ó quimera
Cae á los pies del sexo que una madre te diera.

res del siglo XVIII y á las sátiras del XVII el elogio serio de los méritos y deberes de la mujer, y de pintar en ella á *la esposa, á la hija, á la madre y á la hermana*, poniendo con gran habilidad á todas las mujeres de su parte. Todas las cuestiones que nos preocupan hoy tan vivamente como la educación de las mujeres, el mejoramiento de su situación y las reivindicaciones de sus legítimos derechos, han tenido por primer punto de partida el indicado poema.

Compuso otros dos poemas dulces y melancólicos: *los Recuerdos* y la *Sepultura*, que ahora nos parecen insulsos y que gozaron de un favor que hoy no podemos imaginar. Toda la generación joven que había presenciado el Terror y que conservaba, como Obermann y René, « cierta vaguedad en el alma » se deleitaba con tan graciosas y pálidas poesías.

Entre todos estos poetas de distinción elegante, no pierde por completo todos sus derechos el realismo, como lo prueba el ejemplo del divertido poeta que despertó á Baco dormido en el umbral del templo de Minerva.

Berchoux (1765-1839) fué realista, casi noble, y se señaló como un precursor del romanticismo, pues ya había dicho en 1794:

Qui me délivrera des Grecs et des Romains!

Hizo crónicas en el periódico *la Quotidienne* y se distinguió por su alegre vida y su afición á la buena mesa y al buen vino. Pero su nombre habría desaparecido si no lo hubiera hecho famoso su poema la *Gastronomía*². Es este un poema sencillo, sano, abundante é ingenioso adornado con episodios muy felices inspirado por el buen humor borgoñón y sembrado de hermosos versos.

Su éxito fué considerable y al mismo tiempo digno de lamentar, pues incitó al autor á reincidir. En efecto, compuso otros poemas, como el *Baile* y el *Arte Poética*. ¿Para qué? Hizo novelas, atacó á Voltaire, á Franklin, y mereció figurar en una colección titulada *los Excelados modernos*. Cayeron sobre su estómago Osa y Pelión y le ahogaron. No los ha podido digerir aún.

1. ¿Quién logrará librarne de griegos y romanos?

2. Figura este célebre poema en la obra titulada *Les Classiques de la table*, en 2 vol. (N. del T.)